

SERMONS PREACHED ON VARIOUS OCCASIONS

SERMON V, pp. 60-74

Predicado en la iglesia de la Universidad Católica de Irlanda, Dublín.

Fiesta de Santo Tomás, 4º domingo después Adviento, 1856.

DISPOSICIONES PARA LA FE¹

*Parate viam Domini: rectas facite semitas ejes: ovis vallis implebitur,
et omnis mons et collis humiliabitur: et erunt prava in directa,
et aspera in vias planas : et videbit omnis caro salutare Dei*

*Preparad el camino del Señor, enderezad sus sendas : todo barranco será rellenado,
todo monte y colina será rebajado, lo tortuoso se hará recto y las asperezas serán
caminos llanos. Y todos verán la salvación de Dios. (Lc 3, 4-6)*

El Santo Bautista fue enviado antes que nuestro Señor a preparar su camino, es decir, a ser su instrumento para despertar, advertir, humillar e inflamar los corazones de los hombre, de modo que cuando llegara pudieran creer en El. Él mismo es el autor y el consumidor de esa fe, de la cual es también el objeto, pero ordinariamente no la implanta en nosotros de repente sino que primero crea ciertas disposiciones, y las lleva hacia la fe como recompensa. Cuando estaba por aparecer sobre la tierra entre su pueblo elegido y pedirles su fe en El, se sirvió de San Juan primero para crear en ellos esas disposiciones necesarias. Por eso es que, en este tiempo, cuando estamos por celebrar su nacimiento, conmemoramos una y otra vez al gran santo que fue su precursor, como en el evangelio de hoy, para que no olvidemos que sin una debida preparación del corazón no podemos esperar obtener y conservar el importantísimo don de la fe.

También hay que señalar que, el mismo día, justo el quinto antes de Navidad, acostumbramos a celebrar la fiesta de Santo Tomás, que por algún tiempo incurrió en el pecado de increencia, como si nuestra tierna Madre, la Santa Iglesia, como una salvaguarda adicional, presentara como ejemplo para nosotros al gran apóstol, que ahora reina con Cristo en el cielo, en su imagen de debilidad terrenal, para forzarnos a considerar que ciertas disposiciones del espíritu son necesarias para la fe, cómo se muestra la carencia de ellas, y dónde reside su culpa.

Pienso, pues, que estaré hablando de un tema apropiado al tiempo litúrgico y al día de hoy. Intento establecer ante vosotros, hermanos, tanto como el tiempo lo permite, cómo es que, humanamente hablando, un hombre llega a creer la palabra revelada por Dios, y porqué uno cree y otro no. Y al describir el estado de espíritu y de pensamiento que lleva a la fe no olvidaré, por supuesto, que la fe, como ya he dicho, es una obra sobrenatural y el fruto de la gracia divina. Sólo llamaré vuestra atención a lo que debe ser vuestra parte en el proceso.

¹ Nota del autor: Este sermón es el n°2 de los “Sermones Parroquiales”, vol II, re-escrito.

[El sermón a que se refiere Newman es el que lleva por título “Fe sin visión” , predicado el 21 de diciembre de 1834 en Santa María Virgen de Oxford]

En cuanto al relato dado en la Escritura de la incredulidad de Santo Tomás, sus puntos importantes son los siguientes. Primero, que cuando sus hermanos le dijeron que Nuestro estaba resucitado dijo: “Si no veo en sus manos la señal de los clavos y no meto mi mano en su costado, no creeré” (Lc 20,25). Ahora bien, la cuestión aquí es ¿qué es lo que está mal aquí?, porque los otros apóstoles *habían* visto y tocado a nuestro Señor, y no parece que hubieran creído hasta que lo hicieron. Segundo, que nuestro Señor le dijo en la siguiente ocasión, después de permitirle la evidencia que deseaba: “Porque me has visto has creído. Bienaventurados los que no han visto y han creído” (Lc 20,29). Pero ¿*porqué* era más bienaventurado creer en El sin ver, que haberle visto como los demás apóstoles cuando creyeron?

La cuestión es muy larga, e intentaré seguir solamente uno de los varios pensamientos a los que da lugar.

Primero de todo, pienso que cualquiera que conozca bien la Escritura estará de acuerdo en que la doctrina que establece nuestro Señor en esa ocasión la había expresado en otras oportunidades y de otra manera. Por ejemplo, dijo: “Si no veis señales y prodigios no creéis” (Jn 5,47). Y en otro lugar leemos: “No allí muchos milagros, a causa de su falta de fe” (Mt 13,58). En estos pasajes da a entender que la dureza para creer es culpable. En otros lugares alaba la facilidad para creer. Por ejemplo: “Mujer, grande es tu fe” (Mt 15,28); “Os aseguro que en Israel no he encontrado en nadie una fe tan grande” (Mt 8,10); “¡Ánimo!, hija, tu fe te ha salvado” (Mt 9,22); “Tu fe te ha salvado; vete en paz” (Lc 7,50); “¡Qué es eso de si puedes! ¡Todo es posible para quien cree!” (Mc 9,23). Podría citar muchos otros pasajes al efecto, de los Evangelios, los Hechos de los apóstoles, y las cartas de San Pablo.

Estos pasajes no quieren decir que la fe va en contra de la razón, o que la razón no precede ordinariamente a la fe, porque esta es una doctrina muy contraria a la revelación, pero pienso que no me equivoco al entenderlos en el sentido de que con buenas disposiciones la fe *es* fácil, y sin ellas *no*, y que los fueron alabados por su fe tenían ya una buena disposición, y los que fueron culpados por su falta de fe carecían de ella, y habrían creído, o creído más rápido, si hubiesen tenido esas disposiciones necesarias o gran parte de ellas. Esto es en lo que quiero insistir: me guía el especial oficio del Bautista de “preparar el camino del Señor”, pues se entiende por tal preparación la creación en los corazones de los que le escuchaban las disposiciones necesarias para la fe. Y considero que la misma verdad está incluida en el glorioso himno de los ángeles en la noche de Navidad, pues ¿para quién estaba llegando el Príncipe de la Paz? Ellos cantaban “Gloria a Dios en las alturas, y paz en la tierra *a los hombres de buena voluntad*” (Lc 2,14). Se entiende por “buena voluntad” la “buena disposición”, y la paz del Evangelio, los dones plenos del conocimiento, del poder, y del consuelo de la redención cristiana, debían ser la recompensa a los hombres de *buenas disposiciones*. Ellos eran los hombres a quienes vino el Niño Salvador, *ellos* en quienes su gracia encontraría fruto y recompensa, *ellos* serían llevados, por méritos congruos, a “*creer* en su Nombre”, como dice el evangelio, y a “nacer, no de la sangre ni del deseo de la carne, ni de deseo de hombre, sino de Dios” (Jn 1,12-13).

Ahora bien, para mostrar qué es esta buena voluntad, o buena disposición, y cómo atañe a la fe, hago esta observación: ¿cuál es la guía principal del alma dada a toda la raza de Adán, tanto fuera como dentro del verdadero rebaño de Cristo, desde el amanecer de la razón, a pesar de esta grave pena de la ignorancia que es una de las miserias más grandes de nuestro estado caído? Es la luz de la conciencia, como dice el mismo evangelista en el mismo pasaje, “la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo” (Jn 1,9). Sea que un hombre nazca en la oscuridad del paganismo,

o en alguna corrupción de la religión revelada, que haya escuchado o no el nombre del Salvador del mundo, que sea esclavo de alguna superstición, o en posesión de algunas partes de la Escritura, y trate la Palabra inspirada como una suerte de libro filosófico que interpreta por sí mismo llegando a ciertas conclusiones acerca de su enseñanza, en cualquier caso, él tiene dentro de su corazón cierto mandato dominante, no un mero sentimiento, no una mera opinión, impresión, o punto de vista de las cosas, sino una ley, una voz autoritativa, prohibiéndole ciertas cosas y permitiéndole otras. No digo que sus mandatos concretos sean siempre claros, o siempre coherentes entre sí, pero insisto en que ella *ordena*, alaba, culpa, promete, amenaza, insinúa el futuro, y da testimonio de lo invisible. Es más que el yo mismo del hombre, pues él no tiene poder sobre ella, o solamente con extrema dificultad, no la hizo, y no puede destruirla. Puede silenciarla en casos o directivas concretas, puede distorsionar sus enunciados, pero no puede, o es una excepción si puede, emanciparse de ella. Puede desobedecerla, rehusarse a consultarla, pero ella permanece.

Esto es la conciencia, y por la naturaleza del caso, su misma existencia lleva nuestro espíritu hacia un Ser exterior a nosotros, porque si no ¿de dónde ha venido?, y a un Ser superior a nosotros, porque si no ¿cómo es tan extraña y fastidiosamente perentoria? Digo que, sin avanzar en la cuestión de *lo que dice* o de si sus dictámenes concretos son siempre claros y consistentes como deber ser, su misma existencia nos arroja fuera de nosotros mismos, y más allá de nosotros mismos, para ir y buscarle a El en lo alto y lo profundo, pues ella es su Voz. Así como la luz del sol implica que el sol está en el cielo, aunque puede ser que no lo veamos, así como un llamado a la puerta por la noche implica la presencia de alguien afuera en la oscuridad que pide entrar, así esta Palabra dentro nuestro, no sólo nos instruye hasta cierto punto, sino que necesariamente eleva nuestro espíritu a la idea de un Maestro, de un Maestro invisible. Y en la medida en que escuchamos esta Palabra y la seguimos, no sólo aprendemos más, no sólo se hacen más claros sus dictámenes, más comprensivas sus enseñanzas, y más consistentes sus principios, sino que su mismo tono es más alto, más autoritativo y obligante. Y tan es así, que a aquellos que utilizan lo que tienen se les da más, porque comenzando con la obediencia continúan hacia la íntima percepción y fe en un solo Dios. Es su misma voz que da testimonio de Sí, y ellos creen en su propio testimonio acerca de Sí mismo. Creen en su existencia, no porque otros lo digan, no meramente por la palabra de los hombres, sino por una personal aprehensión de su verdad. Este es, pues, el primer paso en aquellas disposiciones que llevan a la fe en el Evangelio.

Y mi segunda observación es que, a pesar de todo lo que esta Voz hace por ellos, no es suficiente, como sienten aguda y tristemente. Encuentran muy difícil separar lo que ella dice realmente, tomado en sí mismo, de lo que mezcla la pasión, el orgullo, el amor propio, o la propia voluntad. Muchas veces no podrán decir cuánto manda esa Guía verdadera interior, y cuánto procede de una mera fuente mundana. Es decir que el don de la conciencia hace brotar un deseo de algo que ella misma no provee totalmente. Inspira en ellos la idea de una guía autoritativa, de una ley divina, y el deseo de poseerla en plenitud, no en meros fragmentos o sugerencias indirectas. Crea en ellos una sed, una impaciencia, por el conocimiento de ese Señor invisible, Gobernador y Juez, que les habla sólo secretamente, que les susurra en sus corazones, que les dice algo, pero no tan cercanamente como desean y necesitan. Así es, hermanos míos, que estáis viendo cómo un hombre religioso, que no tiene la bendición de la enseñanza infalible de la revelación, es llevado a *buscarla*, por la misma razón de que es religioso. Tiene algo pero no todo, y si no deseara más sería una prueba de que no ha utilizado, que no ha aprovechado, lo que tenía. Desde aquí estará en la expectativa. Podría decir que tal es la

definición de todo hombre religioso que no tiene el conocimiento de Cristo: está a la expectativa. Como los judíos creyentes estaban expectantes por el Mesías que sabían iba a venir, así en todos los tiempos, y bajo todas las dispensaciones, y en todos los sectores, están aquellos que saben que hay una verdad, que saben que no la poseen salvo en poca medida, que desean conocer más, que saben que sólo Aquel que les ha enseñado lo que conocen puede enseñarles más, que esperan que Él les *enseñará* más, y entonces están a la expectativa de Su enseñanza.

Hay otra razón por la que estarán vigilando y esperando algún conocimiento ulterior al que ahora poseen sobre la voluntad de Dios. Es que cuanto más una persona trata de obedecer su conciencia, más se alarma de obedecerla tan imperfectamente. Su sentido del deber se hará más agudo, y su percepción de la trasgresión más delicada, y comprenderá más y más cuántas cosas suyas tienen que ser perdonadas. Pero luego, mientras crece así en el conocimiento de sí mismo, también comprende más y más claramente que la voz de la conciencia no tiene nada de gentil ni misericordioso en su tono. Es severa e, incluso, dura. No habla de perdón sino de castigo. Le sugiere un juicio futuro, y no le dice cómo puede eludirlo. Más aún, no le dice cómo está mejorando, y él se siente muy pecador en el mejor de los casos, cautivo de una tiranía que ama demasiado bien, mientras también la odia. Y entonces tiene gran angustia y clama con las palabras del Apóstol: “¡Pobre de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo que me lleva a la muerte?” (Roma 7,24).

Por todas estas razones, porque siente su ignorancia, su esclavitud, su culpa y su peligro, un hombre religioso que no ha tenido la bendición de la revelación estará a la expectativa de la revelación. Y esta es la segunda disposición que lleva a la fe en Cristo. La primera fue creer en Dios como nuestro Maestro, Gobernador y Juez, y la segunda es el deseo serio de que El se revele a Sí mismo, y la espera impaciente de la posibilidad de que lo haga.

Este es el estado de espíritu de los pocos elegidos. Por otro lado, consideremos el estado de espíritu de la multitud, que poco o nada les importa la religión, que desobedecen sus conciencias, que piensan lo menos que pueden en sus dictámenes, que se librarían de ella si pudieran. ¿Qué sabrían *ellos* acerca de las convicciones, aprehensiones, esperanzas y deseos, de los que he estado hablando? ¿Tendrán alguna ansiedad nerviosa, algún anhelo doloroso, de ser sacados de su actual oscuridad? ¿Siendo extraños, como supongo, a la verdad revelada, estarán buscándola? ¿Qué es la revelación para ellos? ¿Qué les importa cómo deben ser perdonados los pecados, cuando no sienten el peso del pecado? ¿Qué deseo tendrán de una fuerza mayor para someter sus pasiones o su orgullo, visto que han hecho de su orgullo su verdadera dignidad, y libremente satisfacen sus pasiones como su único gozo? Están contentos consigo mismos, piensan que están felizmente condicionados dadas las circunstancias, solamente desean que se los deje solos, no tienen necesidad de sacerdotes o profetas, viven según su manera y en su propia casa, siguiendo sus gustos, sin mirar nunca afuera, quizá con virtudes naturales, quizá no, pero sin ningún sentido religioso visible o consistente. Así viven, y así mueren. Tal es el carácter de la mayoría en todo el orbe: viven, al parecer, tras algún objeto de este mundo, y nunca se elevan por encima del mundo, y es claro que no tienen ninguna de aquellas disposiciones que llevan a la fe.

Tomemos ahora a un hombre de cada una de estas clases y supongamos que les llega la noticia de que se ha recibido un mensaje desde el mundo invisible. ¿Cómo actuará cada uno? Es simple. Para aquél que ha estado vigilando, esperando, o al menos anhelando semejante misericordia, su realización será maravillosa, le afectará profundamente, le conmoverá, tanto que, teniendo sólo el mensaje para examinar, que

es la respuesta a sus necesidades, estará fuertemente movido a creerlo, si puede, en base a muy poca evidencia, o ninguna. En todo caso, emprenderá la búsqueda de su evidencia, y hará lo mejor que pueda para averiguar todo, más o menos. Por otro lado, el hombre que no tiene las disposiciones religiosas que he estado describiendo, simplemente no hará nada en absoluto. No tiene interés en la noticia y no querrá esforzarse en investigar. Se sentará en su casa, y ni siquiera se le ocurrirá que debe levantarse y buscar. Estará tan poco conmovido como si hubiese escuchado que un gran hombre ha surgido en las antípodas o que hubo una revolución en Japón. Aquí llegamos entonces a la diferencia crítica entre los dos hombres descriptos. Uno es activo y el otro pasivo, cuando Cristo es predicado como el Salvador del mundo. Uno va al encuentro de la Verdad, el otro piensa que la Verdad debe venir a *él*. Uno examina las pruebas de que Dios ha hablado, el otro espera hasta que esto le sea probado. No siente ningún interés en ello, piensa que no le concierne, sino que (si puedo decirlo así) le concierne a Dios Todopoderoso. No le importa sacar el mayor provecho para su conocimiento, no reúne las cosas, no suma los hechos y acumula sus argumentos, sino que deja que todo esto lo haga Aquél que le habla, y si está por tener algún problema en el asunto estará deseoso de rechazarlo todo. Y suponiendo que se le ofrezca alguna prueba, no siente ningún tipo de gratitud o delicadeza hacia Aquél que se la da, y dice sin escrúpulo “esto no lo veo”, o “aquello no se sigue”, porque es crítico y juez, no investigador, y negocia y regatea cuando debería orar pidiendo luz. Y entonces no aprende nada rectamente, y va camino de rechazar el mensaje divino, porque no se arroja sobre la evidencia, mientras que su vecino, que tiene una preocupación real por su propia salvación, encuentra la evidencia y cree.

Volviendo a lo que dije cuando empecé, vemos ahora cómo era que nuestro Señor alababa la facilidad para creer y condenaba la dureza para creer. Ser sencillo para creer es ni más ni menos que haber estado dispuesto a informarse, y ser duro para creer no es más que haberse rehusado y no querer investigar. Aquellos cuya fe Él alabó no tuvieron una evidencia más fuerte que los que condenó por su incredulidad, pero usaron sus ojos, su razón, sus mentes, y perseveraron en preguntar hasta que encontraron, mientras que los otros que Él condenó habían escuchado, ciertamente, pero dejaron la semilla divina al borde del camino, o en terreno pedregoso, o entre espinas que la sofocaron. Y aquí está la falta del apóstol Santo Tomás, según me parece, y hasta donde es reverente conjeturar. Él dijo que no creería que nuestro Señor había resucitado a menos que le viera realmente. Pero, ¿no hay más que un camino para arribar a la fe en Cristo?, ¿no existen cientos de pruebas diferentes entre sí y todas ellas buenas?, ¿No había otro modo de estar seguro de que Él venía de Dios, excepto el ver el gran milagro de la resurrección? Ciertamente había muchos otros, pero Santo Tomás prescribió el único modo por el cual consentiría creer en Él. Este fue también el caso de sus compatriotas, porque en este punto él hizo sólo lo que ellos habían hecho. Los judíos habían sido desde mucho tiempo atrás el pueblo de Dios, y tenían los escritos de los profetas. El cumplimiento de las profecías en la Persona de nuestro Señor era la evidencia más obvia y natural para los judíos de que Él era el Mesías, pero no aceptarían esta evidencia, y decidieron tener otras. Decidieron estar convencidos de un solo modo particular, esto es, por los milagros, y cuando por la abundante misericordia de Dios aparecieron los milagros delante de sus ojos, eligieron el tipo especial de milagro que les convenciera, y no creerían a menos que fuese un milagro de ese tipo. Y por eso nuestro Señor dijo esas palabras que ya he citado: “Si no veis señales y prodigios no creéis” (Jn 5,47). Y también dijo en otra ocasiones: “¡Oh insensatos y tardos de corazón para creer todo lo que dijeron los *profetas!*” (Lc 24,25); “Si no oyen a Moisés y a los profetas, tampoco se convencerán, aunque un muerto resucite” (Lc 16,31); “¡Generación malvada y adúltera!

Pide una señal, y no se le dará otra señal que la señal del profeta Jonás” (Mt 12,39). Y por eso los judíos de Tesalónica son censurados, y los de Berea alabados, porque estos “aceptaron la palabra de todo corazón, y diariamente *examinaban las Escrituras* para ver si las cosas eran así”, y se agrega: “*creyeron*, pues, muchos de ellos” (Hech 17, 11-12). Entonces, en el caso de Santo Tomás, digo que cuando fue tan lento para creer su falta consistió en pensar que tenía derecho a ser fastidioso, y a escoger los argumentos por los cuales se convencería, en vez de preguntarse si no tenía ya suficientes, como si en verdad a su Señor le hubiese importado mucho que él creyera, pero a él nada. De aquí que cuando Cristo accedió bondadosamente al tipo de prueba que deseaba, le dijo en consideración a nosotros: “Porque me has visto has creído. Dichosos los que no han visto y han creído” (Jn 20,29).

Y así es ahora: está el hombre que tiene atracción hacia la Iglesia Católica, pero la resiste con el pretexto de que no tiene suficientes pruebas para aceptar sus demandas. Concedo que no pueda tener todas las pruebas de repente, y no pueda convertirse de inmediato, pero *puede* examinar, puede decidirse a resolver la duda, antes de hacerla a un lado, aunque eso cueste trabajo y tiempo. El sentimiento íntimo de su corazón debería ser: “¿Qué debo hacer para salvarme?”(Lc 18.18) Y su mejor consuelo es la promesa: “Pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá” (Lc 11,9). Si, en vez de esto, él disputa con esta o aquella prueba, sin pensar nunca en averiguar por sí mismo y determinar dónde reside la verdad, contentándose con admirar la Iglesia, y dando por terminado así el asunto, ¿qué es esto sino la conducta de alguien que no tiene una conciencia delicada, que ama lo suyo fácilmente, o la comodidad de la vida, o su reputación mundana, o la sociedad de sus familiares, o sus intereses terrenales, y considera que esa verdad religiosa no es digna del sacrificio de estas ventajas temporales?

Hermanos, no supongáis que lo que he estado diciendo acerca de los que investigan no se aplica a vosotros. Los católicos, por cierto, no tienen que buscar, las preguntas ansiosas que hace la conciencia natural están respondidas plenamente en vuestro caso. Vosotros conocéis quién os salva y cómo. Pero recordad que esa misma delicadeza de conciencia, que es la disposición conveniente para la fe, es también su salvaguardia y su alimento cuando finalmente se posee. Alimenta la llama de la fe y hace arder luminosamente. San Pablo habla de aquellos que habiendo “rechazado una buena conciencia”, han “hecho naufragar su fe” (1 Tim 1,19). Este será el caso en un momento como el actual. Los católicos entran en el mundo, se mezclan con hombres de todas las religiones, escuchan todo tipo de objeciones sofisticadas a la Iglesia, a sus doctrinas y a sus normas. ¿Qué es lo que prácticamente los mantiene firmes en la fe sino la íntima percepción que tienen de su necesidad? ¿Qué los lleva al sacramento de la penitencia sino su dolor y la detestación del pecado? ¿Qué los lleva a la comunión sino una sed del Dios vivo y verdadero? ¿Cuál es su protección contra las aberraciones del intelecto sino las profundas convicciones y las vehementes aspiraciones del corazón?

Queridos hermanos, hoy se pone mucho énfasis en los *argumentos* presentados para creer en la Religión, natural y revelada, y se escriben libros para probar que debemos creer y porqué. Estos libros se llaman Teología Natural y Evidencias del cristianismo, y a menudo dicen nuestros enemigos que los católicos no saben porqué creen. No tengo ninguna intención de negar la belleza y la lógica del argumento que estos libros contienen, pero me pregunto mucho si de hecho hacen hombres cristianos o los mantienen tales. No tengo semejante duda acerca del argumento que os he recomendado aquí. Estad seguros, hermanos, que el mejor argumento, mejor que todos los libros del mundo, mejor que todo lo que pueden suministrar la astronomía, la

geología, la psicología, y las otras ciencias, un argumento inteligible para aquellos que no pueden leer tan bien como los que pueden, un argumento que está “dentro nuestro”, una argumento intelectualmente conclusivo, y prácticamente persuasivo, sea para probar el Ser de Dios, o para dar fundamento al cristianismo, es ese que brota de una cuidadosa atención a las enseñanzas de nuestro corazón, y de una comparación entre los reclamos de la conciencia y los anuncios del Evangelio.